

EL CANTAR DE LOS CANTARES

Es un poema misterioso y sutil, un idilio de amor conyugal en el que dos esposos, apacentadores de rebaños en los huertos de Jerusalem, se manifiestan su ternura y se elogian mutuamente su belleza. El rey poeta lo escribió en verso hebreo, acaso en el rústico dialecto de Palestina, muy análogo al Caldeo, para imprimirle mayor sencillez y mayor ingenuidad campesina.

San Gregorio Nacianceno le llama *Drama Nupcial*; Bossuet lo califica de *Epitalamio*, y halla en él siete églogas correspondientes á los siete días que las fiestas de bodas duraban entre los hebreos, tales cuales nos las ofrecen los libros incomparables de Ruth y de Tobías.

No nos es posible apreciar toda la belleza de este canto de los cantos al través de versiones á lenguas radicalmente distintas de la hebrea; pero la luz de sus estrofas llega á nosotros como la luz de las estrellas cuya forma no conocemos, y que arden en su aire lejano, aire distinto al que nosotros respiramos.

El *Cantar de los Cantares* es un canto sagrado que tiene que oirse de rodillas: creo firmemente que su lenguaje es el del paraíso antes de la culpa, antes de que el hombre se hubiera dado cuenta de que su propio cuerpo, la obra más perfecta del Creador, estaba desnudo. El aliento de sus estrofas es como el humo del incienso que necesita lugar sagrado para difundirse y que, fuera de él, parece profanado, é irrita los ojos y produce vértigos.

¿Quién se atrevería á pronunciar en medio de un corrillo que habla de vidas disolutas, el nombre de su madre muerta al darlo á luz? El rayo de sol, dice Shakespeare, con ser de luz purísima, engendra gusanos al penetrar en un perro muerto.

No hagáis penetrar el *Cantar de los Cantares* en orejas de carne, de carne muerta á la vida espiritual. Está en lengua del paraíso, y esa lengua no aprendida, sólo es hablada y comprendida antes de la culpa ó después de la penitencia.

Jamás se desvía en sus estrofas el sentido ordinario de las palabras; no hay en sus versos frases solapadas ni sonrisa que no sea ingenua como la risa de un niño; en él los cuerpos sólo sirven para hacer sensible la belleza eterna que se trasparenta en ellos tomando su forma, como la luz toma la forma del vaso que la contiene, y que impide que se confunda con la luz infinita.

II

Oigamos algunas notas entresacadas sin orden del poema del rey, siquiera sea para hacer pasar por estas páginas un poco del hálito de nardos y lirios del campo, que mana de sus estrofas.

La voz que se oye es la voz de mi amado: vedlo cómo viene atravesando los montes y saltando los collados. (1)

Morena soy pero hermosa, hijas de Jerusalem, hermosa como las tiendas de Cedar, y las cortinas de pieles de Salomón.

Oh tú que estás en el huerto; los compañeros escuchan; haz que oiga su voz.

Y soy la flor del campo, y soy la azucena de sus valles...

(1) Tomo indistintamente la magistral traducción de la Vulgata de Scío, y la encantadora versión, directa del hebreo, de Fray Luis de León, procurando refundir ambas, para dar color homogéneo á los fragmentos que transcribo, sin ajustarme al orden de las estrofas.

No te fijas en que soy morena: es que me ha mirado intensamente el sol.

Como lirio entre las espinas, así es mi amada entre las mujeres.

Como el manzano entre los árboles del bosque, así es mi amado entre los hijos de los hombres.

Ha hablado el amado de mi corazón y me ha dicho: levántate, amiga mía, hermosa mía, y ven.

Ya lo ves: ha pasado la lluvia, y se ha ido el invierno.

Los capullos de las flores se abren en nuestra tierra; ha llegado el tiempo de la poda; se oye ya la voz de la tórtola en nuestros campos.

La higuera brota sus higos, y las uvas pequeñas dan su olor; levántate, pues, amiga mía, y ven.

El amado mío para mí, y yo para él, que se apacienta entre los lirios.

Hasta que sople el día y las sombras huyan. Tórnate, amado mío, semejante á la cabra ó al corzo sobre los montes de Better.

¿Quién es esa que sube del desierto como columna de humo perfumado de incienso y mirra, y de todas las plantas olorosas?

Eres toda hermosa, amiga mía, y ni una mancha existe en ti.

Salid y ved, hijas de Sión; salid y ved al rey Salomón con la corona con que lo coronó su madre en el día de su desposorio, y en el de la alegría de su corazón.

Ven del Líbano, esposa mía, ven del Líbano, y serás coronada de la cumbre de Amaná, de la cima de Sanir y Hermon, y de las cuevas de los leones y de los montes de los leopardos.

Huerto cerrado eres, hermana mía, esposa mía, huerto cerrado, fuente sellada.

Fuente de huertos, pozo de aguas vivas que corren impetuosas desde el Líbano.

Hermosa eres, amiga mía, como Thersa, bella como Jerusalem, terrible como los escuadrones con banderas desplegadas.

¿Quién es esa que se descubre como el alba, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como los escuadrones?

Soy la rosa del campo y el lirio de los valles...

Eres toda hermosa, oh, amiga mía, y no hay en ti mancha alguna.

Eres huerto cerrado, y tus perfumes como aromas de paraíso; eres fuente sellada, oh hermana, oh esposa mía, fuente sellada que corre impetuosa desde las cumbres del Líbano; eres lirio entre las espinas, y eres hermosa, la hermosa entre todas las mujeres.

.

III

Parece, cuando se oyen esas palabras de amor, que la tierra pasa por una ráfaga de cielo cerca de un astro invisible; un aliento de aurora sideral y de flores no brotadas se desprende de esas estrofas frescas como el agua que corre.

El amor conyugal terreno no puede ofrecerse, al manifestarse apasionado, exento hasta ese punto de todo calor

de sangre humana: todo recato tiene, en el fondo, la conciencia del mal, que no se ve ni remotamente al través del *Cantar de los Cantares*.

Léase la aparición luminosa de Beatriz en el Paraíso del Dante, y compárese con la ingenua esposa del *Cantar*. Son dos purezas muy distintas. Los ojos de Beatriz tienen el brillo de ojos humanos transfigurados y purificados por la muerte; los de la esposa morena del *Cantar* profético no son transfigurados: son puros originariamente, miran muy abiertos, todo niñas, sin reserva alguna y llenos de luz blanca. La estrofa dantesca se ha sumergido en el cielo desde la tierra; pero es el cielo el que ha descendido á la profética estrofa del *Cantar de los Cantares*.

Ese canto no lo escribió Salomón, el rey, sólo para celebrar sus bodas con la hija del rey de Egipto, si es que con ese motivo lo escribió; no es ciertamente la pastora sulamita la que así expresa un amor que, siendo conyugal y fecundo, es también angélico: fecundidad virginal.

Los lectores del espíritu que anima la letra de los libros divinos han leído en el *Cantar* la visión del consorcio eterno de Cristo con su Iglesia, su mutuo amor que puebla los cielos de almas redimidas.

¡Pero cuán claro se ve brotar de tanta belleza el símbolo, que la Iglesia ve también en ella, de la que es por excelencia azucena entre las espinas, flor del campo y lirio de los valles!

Ella es la única, toda hermosa y sin mancha; ella es la sola mujer fuerte, terrible como los escuadrones con banderas desplegadas; ella el huerto cerrado custodiado por el arcángel, y regado por la fuente sellada, por las aguas vivas que bajan impetuosas entre las rocas desde los manantiales del Líbano.

Así lo ha interpretado la Iglesia universal que recoge la estrofa perfumada de azahares del rey poeta, y la hace resonar todos los días en el universo en honor de la Virgen Madre.

Eres toda hermosa, oh, María, y no hay en ti mancha alguna.

Tú eres, y sólo tú, la flor del campo y la azucena de los valles.

Y eres tú, oh, la más hermosa entre las mujeres, el huerto cerrado, el huerto regado por la fuente oculta, cuyo aroma, aroma de paraísos, perfuma el *Cantar de los Cantares* del profeta.

Tota pulchra es Maria, et macula non est in te. Hortus conclusus, oh Maria, hortus conclusus, fons signatus; emisionis tuæ paradisus.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN.

VIÑETA

Para Julio Herrera y Reissig.

Estábamos á solas.
 Las teclas del Pleyel tu blanca mano
 hundía con temblor... Lloraba el piano
 aquel precioso vals: « Sobre las olas ».
 Volaba de mi pecho la amargura
 fantaseando con dichas ya remotas,
 en tanto que la hermosa partitura
 desgranaba el torrente de sus notas.
 ¡Sublime instante aquel! En el teclado
 un derroche de tristes armonías...
 ¡Yo evocaba las dichas del pasado,
 tú, inocente, al futuro sonreías!

Recordemos, ¡amor de mis amores!
 Reía el dios Amor sobre la mesa
 de laca japonesa
 sembrada de cadáveres de flores.
 Y entonces deliré! Para mi antojo,
 á las notas del vals que agonizaba,
 la estatua del Amor se balanceaba
 y picaresca nos guiñaba un ojo...

Me dejas aplaudir? Hallé en tu risa
 roce de perlas de ignorados mares
 que el áureo chapitel de la cornisa
 desflocó en una lluvia de azahares.
 Por cima de tus hombros, más lucientes
 que el mármol armiñal y el raso albano,
 vi al fino teclado de tus dientes
 sonriendo en el charol de tu piano...

Un ósculo indiscreto de Dïana
 desflorando el cristal de la ventana
 rodó por las alfombras de Bruselas;
 besó las huellas de tu pie menudo
 y después en tu albar cuello desnudo
 un ósculo dejó. Mis cantinelas
 te hablaron de países muy lejanos:
 estábamos á solas,

y enlazando mis manos con tus manos
embriagados por mutuos embelesos,
aquel precioso vals: «Sobre las olas»
hablaba de ternuras y de besos!...

El vals sobre el atril. En tu mirada
destellos de pudor, — ¡castos hechizos!—
¡mi alma con la tuya connubiada!
¡mis labios sobre el oro de tus rizos!
Después, — ¡oh sacra virgen de mis sueños!—
el Amor columpiándose entre flores,
y en mi pecho tus cándidos ensueños
endulzando la hiel de mis dolores...
Delirios de placer. La mente inquieta
encarnaba las ansias de un idilio:
tú soñabas con ser una Julieta,
yo en tus brazos creíame un Virgilio!
Desflorando el cristal con sus destellos
navegaba la luna lentamente,
mientras el oro triunfal de tus cabellos
tersaba las arrugas de mi frente!

Feliz instante aquel! Hadas divinas
cubrieron tus mejillas de amapolas,
en tanto que apagaban las cortinas
las notas de aquel vals: «Sobre las olas»...

MANUEL J. SUMAY,
Argentino.

Buenos Aires, Otoño del 99.

DE MI CARTERA

Según una ley de Taine, el escritor comienza por la originalidad. Y á la verdad, fuera de la edad de la juventud primera, los autores no hacen más que imitar. Cansado de imitar á los demás, el escritor concluye por imitarse á sí mismo. Entonces dice el público que tiene estilo propio.

Dadme, en determinada sociedad, un individuo con talento vulgar, ilustración vulgar, de costumbres y moralidad vulgares, y os presentaré el modelo que esa sociedad necesita. El pueblo de todas partes se quiere á sí mismo queriendo á esos seres en quienes se cristaliza, por decirlo así, la vulgaridad media.

Hemos descendido desde las alturas por nuestra voluntad; hagámonos, pues, dignos de las alturas por nuestros propios méritos. Las genealogías celestes van perdiendo, día á día, su en otro tiempo avasallador prestigio. Es que las modernas escuelas no conciben la dicha en las tenebrosidades del pasado, mirando al cual, nuevos Orfeos, hemos perdido nuestra Eurídice. Ellas despojan al hombre, poco á poco, de las insignias con que se exornó vanamente en los tiempos que fueron; de ellas es el porvenir, pletórico de esperanzas; para ellas, en fin, Adán no ha venido al mundo todavía, sino que lo será en lo futuro el hombre libre y civilizado que viva en medio de la felicidad.

Así como suelen estallar las tinajas en que se encierra el mosto, y las fuerzas desarrolladas traen lo del fondo á la superficie, así también suele perderse, en ciertos momentos, el nivel moral de las sociedades, y á la faz de la tierra sube lo obscuro, lo ruin, lo bajo, lo que siempre debieron guardar en su profundo seno las tinieblas.

Acostumbran los dibujantes pintar á toda persona que escribe versos, con una lira al lado. Si yo fuera pintor, confieso con ingenuidad, que prodigaría menos el clásico instrumento: muchos llevarían por compañía un lirón, y acaso no faltaran algunos exornados con el símbolo de la macana histórica.

No parece sino que muchos hombres suben al Poder para poner en práctica las ideas de cierto porquero que siempre decía: « ¡ Si yo fuera gobierno! . . . ¡ Si yo fuera gobierno! . . . » — « Si tú fueras gobierno, ¿ qué harías? », le preguntó uno, cansado de oírlo. — « Si yo fuera gobierno, replicó, conduciría los cerdos de á caballo ».

Es un hecho de observación, que disminuye día á día el número de las imposibilidades morales, y va acercándose lentamente al de las imposibilidades físicas.

«La credulidad, ha dicho Marmontel, es el partido de los ignorantes; la incredulidad decidida, el de los semi-sabios; la duda metódica, el de los sabios». Saber dudar, he ahí en lo que consiste la verdadera sabiduría.

¡País digno de estudio el nuestro! Ya alguien ha observado que en ninguna parte más que acá se oye hablar de arroyos secos y de esquinas redondas. Faltaba agregar que sólo aquí también una cucharada de carne líquida es una costilla de vaca!!

El matrimonio es un tratado desigual, en el que, al revés de lo que sucede ordinariamente, los débiles imponen á los fuertes sus caprichos.

Cosa rara: la mayor parte de las personas tiranizadas se quejan de tiranías que han creado.

Tras las aparentes amistades suelen ocultarse odios profundos, como debajo de la serena superficie de los mares, las revueltas aguas de las corrientes submarinas.

Llevados á los puestos públicos muchos políticos, defensores en el llano de los más santos ideales y partidarios entusiastas de las más avanzadas ideas, podrían, al dar cuenta de sus actos, responder al pueblo lo que Ariosto á cierto arquitecto que le preguntaba cómo teniendo para otros, en su Orlando, suntuosos edificios, construía para uso propio una casucha. — «Maestro, le respondió: gran distancia hay de poner palabras á colocar mármoles: ahora pongo piedras, y antes de ahora he puesto fantasías».

Oigo, con frecuencia, llamar á los militares que constituyen el ejército, el elemento de acción. Una variación se me ocurre: ¿no sería más acertado llamarlos los accionistas de la patria?

Los hombres de ideas peores suelen ser no los de ideas más erróneas, sino los que no tienen ninguna fija: murciélagos que en el mundo de la intelectualidad no son mamíferos ni pájaros.

El matrimonio es un espejo esférico cuya superficie cóncava la ocupa la esposa y la convexa el marido. He ahí por qué en él se ven tan pequeño el hombre y tan grande la mujer.

Hay la misma razón para llamar Puente de las Duranas (que otros dicen de las Duraznas), al Puente de las Duranes, que la que hubiera habido para apellidarlos de las Vascas, de las Velas, de las Peras ó de las Monas, si sus antiguas poseedoras, en vez de ser de Durán, hubieran pertenecido á las familias de Vásquez, de Vélez, de Pérez ó de Mon.

¡Ironía de las cosas! Carneiro Leão fué el ministro brasileño encargado de exigir una respuesta categórica, pronta y decisiva, á nuestro Gobierno el año 1852, sobre los tratados del 51, por los cuales conseguía la desleal diplomacia del Imperio, territorios que abandonó el año 25 por la fuerza de las armas. ¿Y quién no ve en esos dos apellidos simbolizada la política brasileña? ¿Quién no ve en ellos la docilidad del *carnero* para con los poderosos, la bravura del *león* y su indómita fiereza para con los débiles?

Algunos confunden el carácter con el mal carácter, y creen que tienen carácter los que son malos como bichos de parra, como confunden otros la independencia con la facultad constitucional de gritar desde abajo. A los hombres se les desgastan las puntas y brusquedades rodando, lo mismo que á las piedras. La verdadera independencia, la que mide el temple moral de los ciudadanos, se conoce en los altos puestos públicos y en ocasiones en que los puestos peligran. El carácter, el verdadero, no el falso, consiste en ser malo precisamente en circunstancias en que los malos de oficio suelen ceder.

CARLOS MARTÍNEZ VIGIL.

A GRECIA

Para LA REVISTA.

De tus hijos la estirpe soberana
Te hizo grande, divina y opulenta,
Pues el relato de ellos representa
El arco iris de la gloria humana.

La historia de los siglos se engalana
Con todo aquello que tu nombre alienta,
Y el impulso del arte se acrecienta
Con el recuerdo de tu acción lejana.

Espíritus modernos, anhelantes
Van á buscar en tu corriente pura
Poderosos alientos de gigantes,

Y tú, como la espléndida natura,
Les ofreces tus pechos desbordantes
De inspiración, de luz y de hermosura!

SALVADOR FORNIELES.

Buenos Aires.

CONCEPTOS DE CRÍTICA

I

Hacer obra de crítico es harto difícil, porque hay que convenir con Saint-Beuve que la retina analítica no la poseen todas las inteligencias, y no basta almacenar erudición ni haber nacido con doble paladar para decir: esta obra vale exactamente tanto. Los miopes, en este punto, son muchos, aunque lo ignoren, semejantes al astrónomo ciego, que en su delirio fantástico creía descubrir nuevas constelaciones en las oscuridades engañosas de su misma ceguera. Tengo, para mí, que el crítico verdadero tiene algo de Sibila—la concepción milagrosa, efectuada con la rapidez eléctrica de una luz que hace día en menos de un instante.

Disecar es sólo aplicar conocimientos. Detallar, ajustar, separar, es sólo emitir paciencia.

De ese modo considerada la crítica, es una forma mecánica y activa, una hormiga laboriosa que no se eleva un palmo de la tierra.

Imaginémonos que todo lo que existe tiene poros; pues bien—el talento del crítico debe penetrar por los poros de un libro y sorprenderlo, cual nuevo Judith á Holofernes, en su sueño de majestad; adivinar los secretos que flotan en sus páginas, sentirse en su presencia iluminado por intuiciones proféticas, interpretar los puntos suspensivos de las abstracciones y de los vuelos vagos que encierra, descifrar el revés de los pensamientos, tener el oído de un auscultador misterioso para oír lo que apenas suena en el alma de su autor—en una palabra—fraternizar y consustanciarse con la obra que quiere penetrar.

Toda vibración, todo fluido, que desde luego exista en ella, debe pesar en esa balanza intangible que da á conocer las valorizaciones secretas, que como tales pasan desapercibidas á la vulgaridad de los hombres.

En la urdimbre del pensamiento se trabaja con dedos de hada.

Una crítica elevada, á la par que una poderosa linterna mágica, ilumina y da vida á un libro, haciendo resaltar sobre el lienzo del análisis la psicología de sus personajes, agrandando sin desfigurar los contornos de los caracteres y de los hechos, para que el lector los comprenda sin fatigarse—por lo que el crítico, verdadero argonauta de la sombra, en medio de un océano de confusiones, tratando de salir triunfante del noble riesgo, como Daniel del foso de las fieras, suele ser un vidente, el más sublime, cuyo microscopio investigador, á semejanza de la pupila de los cíclopes, resiste al inmenso calor de la fragua, en que da forma al rayo poderoso de la verdad!

Es por eso que el crítico de valer es *rara avis*, y apenas si cada época se vanagloria de poseer uno solo.

El sentido analítico, á mi ver, requiere una doble percepción. No se aprecia lo que no se conoce, ni se conoce lo que no se alcanza á comprender. Puede el dueño de un libro decirle á su crítico, lo que Selim á los extranjeros que le querían conocer en su propio palacio: «Vestid pantuflas, y haced por parecer mahometanos en mi presencia». Del mismo modo un autor realista, romántico ó decadente, tiene el derecho de decirle á un crítico que rinda culto á cualquiera otra escuela distinta á la suya: «Antes de estrecharme la mano, despojaos de vuestro ropaje y procurad pareceros á mí».

En efecto, la tendencia en el hombre suele ser una causa de desequilibrio, y llega hasta ser una venda del entendimiento.

Se asemeja á la nube en que viajaba el dios mitológico, que no le dejaba ver el sol.

Nadie que no lo comprenda puede saber la cantidad de fuerza cerebral que hay en un libro, por malo que parezca, ó porque su raciocinio sea impotente para asimilarlo, sin contorsiones de duda.

La oscuridad, no porque sea tal, deja de ser un efecto físico, que vela nuestra débil óptica, sin que por eso se pueda decir que sea impenetrable, ni, menos, profunda.

Lo que es de fácil percepción parece siempre más bello y desde luego toda claridad es un efecto de limpidez muy encomiable, sin que deje muchas veces de ser un simple resultado de la superficialidad de las cosas.

Ateniéndose sin duda á nuestra debilidad es que dice Balmes que el mismo absurdo es meritorio, tomándose por esto último la impenetrabilidad de los arcanos llenos de misterio y de poesía.

Hermoso es contemplar las guijas relucientes que reposan en el lecho de cristal de un arroyuelo; éstas son como las ideas esmaltadas que se ven á través de un estilo claro como un espejo; son como las concepciones frescas y sencillas de un arte fácil y comprensible, que pasan del lienzo ó de la página al espíritu, en un rápido centelleo. Esto, sin embargo, no implica que no sean más hermosas las madreporas y corralinas que duermen en la profundidad de los océanos, sin que las podamos contemplar á simple vista, pudiéndose decir que se asemejan á las complicadas creaciones de los genios, hasta donde sólo pueden llegar los buzos del pensamiento.

Lo mismo sucede con las formas artísticas en que entra más ó menos subjetividad.

La transparencia de un pequeño caudal es debida á su limitada profundidad y á la superficie tranquila de sus aguas, que suele ser monótona á fuerza de su mismo nivel, mientras que un piélago debido á la majestuosa inmensidad de su fondo produce la sombría turbulencia de sus masas alborotadas. Si una cosa es hermosa, la otra es sublime.

La belleza para juzgar de ella es preciso encontrarla.

Todo es cuestión de sondaje ó de perspectiva: á grandes alturas, grandes panoramas.

El talento de un crítico debe ser como una montaña de cuya cumbre se abarcan los más amplios horizontes. Son pocos los que lo poseen, del mismo modo que son pocos los que trepan á las grandes eminencias.

Es por eso que nunca he concebido el proselitismo como punto de partida de la crítica, obligándola á hacer de mula tahonera alrededor de un solo eje y sin que pueda salir jamás del círculo estrecho de una idea exclusiva y de un móvil único y absorbente.

Del mismo modo, pues, que resultan: el extravío sincero, el ofuscamiento sublime, la enajenación del raciocinio, el empecinamiento retrógrado—de una fe ciega, de una convicción aherrojada en el espíritu; resultan de un crítico apasionado y parcial: el apocamiento de criterio, la perturbación del juicio, la estrechez de conciencia, la flojedad de análisis, el oscurecimiento de la lente que aplica á lo que quiere examinar, por lo que, lejos de arrojar luz sobre el mérito del autor ó sobre los defectos de la obra, escupe, con frecuencia, un sarcasmo, anatematizando lo bueno y lo malo, condenando el precioso sudor de la inteligencia á rodar sobre el empedrado de lo que se desprecia, pagando el fruto intelectual con cuatro epítetos groseros que el vulgo traduce por veredictos de la sabiduría, y en fin, enterrando vivos á muchos intelectuales, que faltos de energía ó acobardados por los primeros reveses se condenan á perpetuo ostracismo en el cementerio del silencio! A un crítico de ese género habría que repetirle aquella frase del jacobino al subir á la guillotina: «*Salud, verdugo*».

El censurar por sistema es un vicio tan condenable como el de besarle la capa pluvial á cualquier obispuelo de la literatura.

Un crítico ideal, sería un crítico enteramente justo, y un crítico justo se me antoja llamar á un crítico despegado de toda escuela, cuyas ideas como haces de luz de un faro giratorio penetrasen en todas direcciones, y cuyo cerebro contuviese á modo de un mapa-mundi la universalidad del pensamiento, pasando su meridiano principal igualmente por París que por Constantinopla. Pero, esto es difícil, si no imposible de conseguir, puesto que cada hombre que piensa abarca un solo punto del cielo y se rige por un solo meridiano.

Meternich le escribía á un amigo: «Habría que rogarle á Dios que nombre Tribunal de la Historia, porque hasta

ahora ninguno ha fallado en definitiva». De igual modo la crítica fraternal, amplia, serena, que abarque de un solo abrazo, como Neptuno los océanos, las revoluciones científicas y literarias de estos últimos tiempos—señalando los rumbos falsos que se han venido siguiendo, encauzando el ideal—quitándosele á los utópicos aventureros que lo llevan amarrado por *la ilimitable selva oscura*; esa crítica que pase por el mundo como un céfiro de paz, que refresque y salubrifique los organismos enfermos por atavismos de herencia; esa soñada *crítica mesías* que reasuma en parábolas evangélicas la virtualidad cerebral, está por llegar aún, y todas las religiones literarias la señalan y hasta la bautizan candorosamente en la piscina de sus convicciones.

Parodiando á Meternich, habrá que rogarle al Dios de los milagros que convierta una biblioteca de todos los tiempos en un cerebro, y que ese cerebro, aislado del contacto humano, elabore la gigantesca obra crítica que espera la Humanidad, anarquizada y jadeante!

Por lo pronto es indudable que se ha adelantado algo en los procedimientos, reaccionándose contra el absolutismo de los principios, haciéndose menos genuflexiones á las antiguas fórmulas, dándose mayor amplitud al círculo del torneo, evolucionándose hacia la completa libertad del gusto, sucediéndose á los viejos casilleros cubiertos de moho, los amplios recintos de este esplendoroso renacimiento — y declarándose, por fin, que la estética, á semejanza de una mujer, no es la misma para todos los espíritus, pues mientras un defecto pueda parecer una belleza á un solo individuo, no puede juzgarse como tal defecto, en absoluto. Para esto deben tenerse en cuenta las influencias perturbadoras de este oxígeno de vida nueva, que embriaga á todos los intelectos, dando lugar á impresiones que podrán parecer artificiosas por lo raras, pero que de ningún modo dejarán de ser el resultado de una revolucionaria realidad. En arte, todo, ó casi todo, es convencional. Las corrientes se desvían y cambian de curso á cada momento. La innovación es casi un instinto. La inventiva que ejerce una función de vitalidad constante, influye de una manera directa en la naturaleza del gusto que muda ineludiblemente de forma y hasta de sustancia, como los seres orgánicos, en una serie de gradaciones sucesivas, que tienden á la perfección ó al desgaste final.

Todos los pensadores equilibrados de hoy día están de acuerdo con este reaccionismo de doctrina, que arremete contra lo absoluto, y que se basa en esta definición sencilla y verdadera: «el gusto es la facultad de recibir placer de las bellezas de la naturaleza y del arte.» Por lo tanto, se puede creer que esa facultad varía en cada individuo, según lo íntimo de su ser. Por otra parte, yo soy de los que creen que la moda es un progreso, y que de ningún modo se debe volver atrás. Se puede vacilar sin por eso retroceder.

La indagación filosófica de la verdad, semejante á la aguja magnética del Ideal Humano, oscila y siempre oscila movida por los ocultos resortes del Porvenir.

Tal liberalidad de forma, tal universalidad de educación á que hemos podido llegar, no es sino el fruto sazonado de los siglos, que gusta á todos los paladares y endulza todas las acritudes, y cuyo zumo, á semejanza de un guante mágico, suaviza las asperezas de las pasiones y refina las epidermis de los espíritus!

Pasaron ya los tiempos del exclusivismo. Una sociedad no es hoy una familia de fanáticos, ni una conciencia una mazmorra de preocupaciones. Los inquisidores con sus siniestras antorchas no existen ni en religión ni en política. Los ríos de la Historia, como diría Andrade, se unen para desembocar juntos en el inmenso océano de la civilización. La sangre de las razas se mezcla en el vaso sagrado que ofrece al Dios de la abundancia la Humanidad que comercia y que se reproduce.

La comunión de las naciones está á punto de ser un hecho. La tolerancia es un maná, que llueve para todos los hombres y todos los pueblos. En las Pirámides modernas, como lo ha dicho un grande escritor, trabajan obreros de todo el Universo. Todo marcha hacia adelante, y los viejos errores se rectifican, á semejanza de las monstruosas piedras que se pulen!

El libro de la Verdad es la Academia Universal, en que están representados todos los países; y á las rodillas en tierra, y á los silicios de la penitencia han sucedido los símbolos de la fraternidad y de la conciliación, repercutiendo en todos los corazones la palabra: «Paz», y en todos los templos la palabra: «Amor»!

Jano es la deificación gentílica del alma humana que

despide agradecida las últimas sombras del pasado y saluda emocionada los frescos albores del futuro!

Del mismo modo, pues, que la infalibilidad y el rigor están á punto de ser letra muerta en las religiones, y que el templo de Marte dejará de ser la cloaca de las ambiciones políticas,—y que en el banquete del bienestar común habrá un cubierto para cada nación y para cada creencia, desapareciendo como una niebla incómoda el espíritu de localismo y de particularidad,—en literatura, como en ciencias, se abren horizontes más amplios—¡inmensas perspectivas de triunfo, desde donde se divisan nuevas Atlántidas que atraen el pensamiento humano!—y sus cruzados, los que la ofrecen la mirra de sus divinos sudores van como Carlo Magno repartiendo en inmensas bandejas de oro los manjares de Pascua, por toda la tierra; sólo que á diferencia de los antiguos caballeros ya no andan en mulas, ni entonan amorosas serenatas á sus elegidas, entre el silencio de la medianoche, ni se privan de entrar en los palacios de los herejes, sino que viajan en los globos y ferrocarriles del pensamiento moderno, y cantan á los nuevos descubrimientos y á las nuevas ideas, entre el rumor de la *inmensa colmena*, y fuman la pipa de los hijos del Profeta en Stambul, después de haber aspirado el incienso en el Vaticano.

Las campanas de la Gloria llaman á todos los congregados, como, en su delirio sublime, la heroína de Shakespeare llamaba á todos los astros!

Este es el siglo de la libertad del arte, mariposa de alas brillantes que ha roto su crisálida retórica y se ha elevado por los aires, ostentando todos los matices del gusto.

Stecchetti en Italia, Heredia en la Academia Francesa, Salvador Rueda en España, y tantos otros laureados en las justas del sentimiento artístico—lo pregonan de todos los modos, convencidos de la imperdurabilidad de las reglas, que lejos de constituir la legislación de la estética la condenan á morir de inmovilidad en una larga parálisis de rutina. Esto no quiere decir que nos perdamos en un laberinto de ensayos, rechazando por terquedad de sistema aquello que está sancionado por el buen sentido y por la consagración sacerdotal de los *que no se discuten*. Muy al contrario: las extravagancias y el esoterismo de los raros, que se pasan la vida haciendo macabras con el

idioma, inventando ritos extraños en el laboratorio de sus imaginaciones enfermizas, merecen la más severa condenación;—los pájaros polífanos que nos torturan con la monotonía inarmónica de sus canturreos, los acróbatas del palabrerismo que incivilizan el oído á fuerza de herirlo con sus experimentos antieufónicos,—los *epilépticos de la hipérbole*, como les llama un distinguido escritor, amigo mío, verdaderos gimnastas japoneses de la facultad más grande de la poesía—los *originalistas del ritmo* que llevan á la «Diosa del Helicón» por cuanta anfractuosidad y vericuetos existen en el lenguaje que ellos despiadadamente descuartizan;—esos no entrarán jamás en el alto recinto, y merecerían la célebre sátira del Maestro Latimo, que refiriéndose á estos parásitos del mal gusto dice: «que aún viéndolos ahogarse, no les prestaría el menor auxilio»!

- Volviendo á lo que afirmaba en un principio, este es el siglo de las grandes revoluciones artísticas, y no parece sino que un ideal de renovación y de originalidad agitate todo lo que hay de aleático en la naturaleza humana.

Seguramente que hay razón para decir con un conocido crítico moderno; «pronto no quedará piedra sobre piedra de todo lo antiguo, y las viejas creaciones yacerán como las ruinas helénicas envueltas en el musgo sagrado de la fama».

A todo esto la crítica, poseída de un sentimiento de maternidad, debe acoger en su regazo los buenos y los malos hijos del Arte, á aquéllos para acariciarlos con delicia en premio de sus esfuerzos y á éstos para corregirlos suavemente, señalándoles el buen camino.

Esta maternidad sublime, á que me refiero, es, como se sobrentiende, el eclecticismo, punto culminante del panorama del presente y llave de oro de los secretos del futuro.

Ser ecléctico es poseer ese refinamiento sibarítico, esa quintaesencia del gusto que constituye la naturaleza intelectual del siglo—es estar á la última moda—es habitar un palacio lujoso en la Babilonia del saber!

El eclecticismo es el punto más alto de la escala que tiene que ascender el crítico moderno. Para éste no deben existir fantasmas de preocupaciones, que á modo de Columnas de Hércules señalen límites á las investigaciones de su espíritu, ni debe enclaustrarse, á modo de una monja pudorosa en las absolutas de una fe ciega, temblando ante el fragor de vida de las innovaciones que se sucedan,

y de los problemas que se planteen, por insolubles que le parezcan. Su cerebro no debe tener candado, como la celda oscura de un cenobita; antes bien, debe dar puerta franca á las saludables ventilaciones del progreso, á las nobles visitas de los libros nuevos que elabore el porvenir del entendimiento humano. Un crítico que diga: «yo pienso y pensaré siempre así, será un crítico rezagado, que no podrá hacer jamás obra fecunda, porque estrechará su inteligencia en un molde de hierro,—y cuando oiga las alertas revolucionarias de los nuevos rumbos y de las nuevas ideas, irá á esconderse en la oscuridad de su empecinamiento, como Pan en su caracol perseguido por los Sátiros que le veían temblar!

¡ Con cuánta razón dijo Houssaye: « se hace necesario penetrar en el mundo de las ideas, á modo de esos grandes cazadores de las selvas africanas, verdaderos parques enciclopédicos, que llevan para sus excursiones, un arma de cada especie » !

Efectivamente; no hay biblioteca moderna que no sea un museo de ideas contrarias — ni hay cenáculo en que no tomen parte distintos luchadores. El liberalismo de la inteligencia no tiene Index. Cada creencia tiene su biblia y cada asociación el sistema orgánico que le da vida. El bibliógrafo ya no es un enfermo de poquedad de conciencia y de anemia de raciocinio que se condena á perpetuo régimen, y no prueba bocado prohibido; es, por el contrario, un gastrónomo de apetito desordenado y de exquisito paladar, en cuya mesa se sirve el sencillo guizado de aldea y el extravagante plato romano: faisanes aderezados con perlas.

Debido á esto, se que á través de todas las intolerancias y aberraciones del mayor número, el modernismo en manos de un puñado de obreros ha horadado sus túneles en las montañas del pensamiento, sin que la humanidad se aterre ni se conmueva.

Por esto mismo es que las generaciones presentes caminan sobre el polvo ruinoso de lo pasado, y que los monolitos colosales que servían de almenas en lo más alto de los antiguos castillos, sirven hoy de cimientos á las nuevas edificaciones del progreso y del arte moderno. Y es también debido á esto que, como los libros de caballería del hidalgo de Cervantes, son con-

denadas al fuego de la consumación las ideas que pasan — y se suceden otras nuevas, alimentadas de otras savias, criadas en otros viveros: verdaderos retoños del espíritu humano — Fénices del pensamiento que nunca muere!

Una mirada retrospectiva nos hará ver ese desfile, á paso lento y continuado, de toda esa procesión de augustos espectros, que pertenecen hoy á la historia de la literatura: desde Salomón con su cetro de oro, hasta Homero con su cayado de parra,—desde Geremías con su capa de ramas de sauce, hasta Virgilio con su toga de armiño,—desde Cátulo con su espumante copa de Chipre, hasta el Dante con una llama del *Infierno* en sus apóstrofes,—desde Cervantes con su esmerilo de chispas, hasta Shakespeare con un océano dentro de su cerebro,—desde Camöens con un tallo de baobab en sus manos, hasta Molière con una inmensa lágrima en medio de su sonrisa!

Todos pasan como visiones, en este kinetoscopio lúgubre del tiempo muerto; y los genios se petrifican en mármoles, como las ideas se transforman en religiones!

El clasicismo, disciplinario y severo, pasó, en su elegante litera de nobleza, con todo su cortejo de ceremonias, como pasaron los personajes antiguos de la aristocracia de la Edad Media,—de cabeza empolvada y de tizona al cinto, que usaban faldones largos y zapatos de hevilla: personajes hechos de una sola pieza, fanáticos por la religión y por la patria, que escribían sus madrigales en los guantes de una marquesa y templaban sus corazones con el diapasón místico de las campanas de sus iglesias.

Pasó el romanticismo, sublime desamparado—gitano de la elegía—bohemio de los hastíos y de las desventuras, que en las embriagueces del desorden despeinaba sus melenas, y que en las orgías trágicas del alma mostraba la desnudez de sus dolores! Pasó el bello romanticismo, con su faz lacrimosa y desencajada, exhalando por toda la Europa los suspiros de Ossian—¡plañidera sublime de los duelos del siglo—hada melancólica de los llantos divinos que formaron *el lago y las meditaciones*; el romanticismo, que fué ángel y demonio de don Juan,—piélago de agua muerta en René,—desengaño y tortura en Lucía,—sufriamiento y sublimidad en Juan Vaillant,—bautismo de fuego, y anatema en *Los Castigos*!

Y está acabando de pasar, en un desfile postrero, el realismo: serio, reflexivo, observador, llevando, en su

maleta de viaje, su indumentaria severa,—todos sus instrumentos de anatomía, sus máquinas fotográficas, sus libretas de apuntes, sus útiles de medición, sus bloques y sus pinceles. El Maestro de Medán, — el apóstol de media humanidad, que ha hecho la autopsia moral á la Europa, que ha desnudado á los leprosos en presencia de los sanos, que ha salpicado con los fiemos de la miseria, las púrpuras de los ricos y de los opresores, que ha vomitado sus apóstrofes contra el ergotismo y la falacia social,—parece destinado á llevarse á la tumba el testamento de gloria de Balzac y de Flaubert, toda esa rica pedrería, todo ese florecimiento artístico y lujoso que fué el asombro del mundo durante cuarenta años!

Por último, el simbolismo parece ser un largo crepúsculo, una hermosa aurora polar que hace del firmamento de su escuela una paleta confusa, un derramamiento desordenado de flores exóticas de todos los países y de todas las latitudes. No se sabe si ha nacido ó está por nacer aún. Lo ridículo se muestra al lado de lo sublime. Es la fea lámpara de Aladino en manos del hada que guarda las pedrerías!

Lo abstruso, lo raro, lo original, forma la levadura incorpórea de este pan de Sybaris, que sólo es del gusto de los privilegiados. Pero es justicia reconocer que hay en él ese sabor que, según el poeta, tiene el oro para las perlas, y las sombras para las falenas noctámbulas!

El simbolismo tiene calandrias y tiene vampiros. Las carcajadas de sus poetas son sollozos histéricos. Son misántropos peregrinos de un mundo de idealidad etérea en que ellos mismos están perdidos. Se embriagan con opio; sus sonrisas son muecas. Parece que un oxígeno misterioso los mata alegrándolos! Baudelaire es una ironía amarga, corporizada en una lágrima venenosa. Su corazón es la esponja con hiel y vinagre, que, en la caña del desdén satírico, alcanza al hombre que sufre enclavado en su desesperación. En sus labios las risas de Anacreonte son hipos de burla—desdenes sacrílegos—elocuentes burbujes de lujuria de un vino orgiástico. La miel de su poesía está guardada por agujones. Es una flor que se ofrece entre espinas.

Hafitz alegra sus melancolías, Horacio hace elegantes sus locuras. Moore le arroja sobre su cabeza las cenizas de su cigarro.

Y en medio de todo esto, hace un templo de un lupanar y se acuesta sobre el lodo para mostrarnos sus vicios.

Ríe, y se ríe de sus dolores.
 Sus lágrimas no se ven: se adivinan.
 Es un Saint-Evremond, que, como diría Heine, seca su
 llanto con secretos suspiros! (1)

JULIO HERRERA Y REISSIG.

A COLÓN

(Conclusión)

Animo volente nihil est difficile.

XII

Que al remontarse hasta el cielo
 En su místico embeleso,
 Deja en nuestra frente el beso
 De la paz y del consuelo;—
 Que da cauces á su anhelo
 De irradiación y martirio,
 Entregando con delirio
 Nuevos frailes á la muerte,
 Siempre heroico, siempre fuerte,
 Siempre humilde como el lirio!

XIII

Y de ese limo fecundo
 No se ha cegado el venero:
 Aún hay quien siga al Cordero
 Por los desiertos del mundo;
 Que en el letargo profundo
 Que aparenta aquel santuario
 Como en el vasto sudario
 De la oruga, se elabora
 La majestad de otra aurora
 Para su santo Calvario!

XIV

Narra un histórico cuento (2)
 Que en las noches sosegadas,
 Cuando brillan por miriadas
 Los soles del firmamento,

(1) En el número siguiente continuará.

(2) Historia de C. Colón, por Rosselly de Lorgues.

A la torre del convento
Una sombra trepa ansiosa,
Que agitada y cavilosa
Se detiene allí á observar
Del horizonte del mar
La línea incierta y umbrosa.

XV

Es el Guardián: por su frente
Que el insomnio palidece,
Como la huella aparece
De algún ensueño impaciente;
Que al eco vago y doliente
De las playas, aletea,
Con las ansias de la idea
Que en el cerebro encendida
Pidiera vida, más vida,
Para iniciar la pelea.

XVI

¿Qué realidad, ó miraje
Subyuga su entendimiento?
¿Con qué profético acento
Le habla la voz del oleaje?
¿Por qué invisible paisaje
Se dilata su mirada,
Que como el ala enervada
De volar, vuelve á plegarse
Temblorosa, sin hallarse
Satisfecha ni postrada?

XVII

Es que al incesante afán
De la fe que la reclama,
Apocalíptica llama
Hiere el alma del Guardián,
Que como aquella de Juan,
Flotando sobre el Atlante,
Ya risueña, ya aterrante,
La muestra entre viva luz
El reinado de la cruz
En nuevas tierras triunfante.

XVIII

Es que mira á las naciones
Que dieron prez á la Europa,
Romper hastiadas la copa
De sus torpes libaciones,
Y lanzarse á las regiones
Del confín desconocido,
De donde parte el vagido
Que la virgen inocente,
La de la cobriza frente,
Exhala en su agreste nido.

XIX

Por eso, cuando jadeante
De bregar, con débil mano,
Al asilo franciscano
Llama Colón un instante;
Cuando aflicto como Dante
Implora « Paz » y ternura,
A auxiliarlo se apresura
El glorioso monasterio,
Iniciado en el misterio
De su sublime locura.

XX

Por eso, para que fuera,
El prodigio de la historia,
Le presenta la memoria
De su penosa carrera,
Que fué al principio, quimera
De otro genio atormentado,
Y luego vaso sagrado
En cuyo fondo palpita
La parábola bendita
Del amor crucificado.

XXI

Pero, si en aquel ambiente
Halla el inerme mendigo
La dulzura de un abrigo
Y un corazón que lo aliente;
Aún el mundo que incipiente
Cree en su cerebro tener,
Necesita para ser
Cuanto al noctámbulo abona,
El brillo de una corona
Y el ardor de una mujer.

XXII

Mas, ¿qué espíritu esforzado
Socorrerá tanta hazaña?
Sólo el hidalgo de España
Que está de triunfar, cansado:—
Sólo el numen inspirado
Del trono que simboliza
La romántica divisa
De su tiempo y de su raza,
Sombra de luz! que si pasa,
Con su recuerdo electriza.

XXIII

Y no traiciona la voz
Del insomne aventurero

El ángel que en su sendero
Puso la mano de Dios;
Sino que va de ella en pos
Y aquietando su congoja
De sus galas se despoja
En un rasgo de altruismo,
Para que aclare el abismo
La siniestra paradoja.

XXIV

Luego... lanzado al turbión
De Neptuno embravecido,
Surca el esquife atrevido
La *Tenebrosa* región;
Y sus mensajeros son
En tan lóbregas mansiones,
Las Nereidas y Tritones,
Que con sus orlas de espuma
Van formando entre la bruma
Extrañas apariciones.

XXV

Después, un gris firmamento
Sobre el piélago bravío;
Un horizonte sombrío,
Y unas almas sin aliento.
Después, el sacudimiento
De la negra tempestad,
Que en su horrible majestad
Se precipita y estalla
Como el tarro de metralla
Sobre la invicta Ciudad.

XXVI

Luego, la sombra que cierra
El paso de la barquilla,
Una luz allá en la orilla
Y un grito que dice: «¡Tierra!»
Después, el eco que aterra
Al aduar en su esquivez
Y que sorprende á través
De las ramas del bosque,
De la América salvaje
La inocente desnudez.

XXVII

Luego... llena la derrota
De riquezas y blasones;
Mientras en negros jergones
Yace el genio como ilota.
Después, un muerto que flota
En las ondas de la Historia,

Entregando su memoria
A la implacable mesnada
Que por la envidia cegada
Quiere oscurecer su gloria.

XXVIII

¡El crimen está hoy vengado!
Que el Tiempo, ese juez austero,
Ante su estrado severo
Llamó á aquel siglo culpado;
Siendo el fallo que ha dictado,
Vindicta del soñador,
Porque en su eterno loor
Dice al vulgo confundido:
«La razón fué del vencido».
«El vencido es vencedor».

RUPERTO PÉREZ MARTÍNEZ.

¿SERÁ CIERTO?

Ay! Ay!

—Que ay, ni ay! A ver si te avivas! Anda á ofrecerle un billete á ese señor.

Este corto diálogo pude oirlo no ha muchas noches, al pasar por la Plaza Independencia.

Como se comprende, se trataba de una muchacha vendedora de billetes de lotería y su madre... si lo era!

Pobrecilla! Delgada, pálida, la cabeza envuelta en una pañoleta de lana, el vestido sucio, rotos los botines, los números en la mano, inspiraba lástima.

La vi dirigirse rápidamente hacia el transeunte que su madre le indicara.

—La suerte! señor, le decía; cómpreme un quintito; va á sacar la grande...

—No, no quiero; déjame.

—Mire que tiene suer...

No pudo concluir la palabra; como llevaba la vista levantada, tropezó, cayendo sobre las losas de la acera.

—Me alegro, me alegro. Así aprenderás, —díjole la vieja sacudiéndola fuertemente de un brazo, mientras la pobre criatura ahogaba el llanto que le causaba el dolor por miedo á los golpes de su madre.

Impresionado por aquella escena, que para casi todos

pasó inadvertida, sentéme en uno de los bancos colocados en el semicírculo que forma la plaza al desembocar en la calle 18 de Julio. Tristes pensamientos me había sugerido el cuadro rápido de que había sido testigo; aquella niña de sólo ocho años vagando por las calles, unas veces acompañada de su madre, pero las más completamente sola, penetrando al interior de los cafés, juntándose con muchachos y muchachas vagabundos como ella, como ella sucios, desgredados, holgazanes y deslenguados, me hacía pensar en tantas desgraciadas que así empezaron su vida concluyéndola en un lecho del Hospital de Caridad.

Mi imaginación fingió para aquella niña una vida completa; la veía crecer, su semblante era hermoso, su cuerpo gentil, llenos de vida sus ojos, provocativa su boca; había ya cumplido los doce años, vendía siempre números, sólo que ahora su comercio se había extendido; las flores eran también motivo de negocio y los sitios predilectos los cafés á cuyas mesas llegaba ofreciendo con insinuantes palabras sus violetas, sus rosas, sus claveles y recibiendo su valor en centésimos y en frases atrevidas y hasta en apretones de manos prolongados.

De pronto ya no la veía en los sitios que recorrió tantas veces, no la encontraba pidiéndome la comprase sus bellos ramitos, ¿qué le habría sucedido?

Ah! pronto lo supe; uno de tantos jóvenes á quienes había cautivado por sus prendas, habíale ofrecido privarla de las durezas de aquella vida, brindándole otra de placeres y de lujo, pintándole dichas y haciéndole forjar ilusiones nunca imaginadas y, en fin, haciéndola su querida.

Pasó algún tiempo, aburrido ya de las mismas caricias, un buen día encontróse la joven sin su galán; el pájaro había volado. ¿Qué hacer sola, aislada, con sólo sus pocas joyas y escaso dinero?

Bah! díjose la joven, á rey muerto, rey puesto; á ese que voló, otro, y después otro, y otro, y finalmente cien...

Perdida ya, siguió su vida rodando por el fango, hasta que enferma, roído su cuerpo por el vicio, gastada... va á buscar un reposo á la casa de caridad, y de aquí va su cuerpo á parar á la losa fría de la sala de disección, sirviendo, ¡triste sarcasmo! para estudiar las enfermedades que ella sembró en su desgraciado camino.

Tal fué el sendero que por el mundo tracé para aquella niña y ¡cosa singular! ni siquiera una vez pensé en acusarla.

¿Fué culpable ella solamente? No. Ella fué más desgraciada que culpable, la verdadera criminal fué aquella madre egoísta que por obtener algunos centésimos no trepidó en exponerla en aquel precipicio que la llevó al abismo.

¿Mi imaginación calenturienta mintió ó dijo acaso la verdad?

ALEJANDRO LAMAS.

KARA - KOUTIÉ

LEYENDA DELAWARE (AMÉRICA DEL NORTE)

(Conclusión)

Es la más alegre vida
Sombra de una breve noche.
Tan cerca, tan unida . . .
Está al morir, la vida!

Rioja.

En la tierra de Onás, al sol naciente,
La guerra terminó
Y he volado á mi aldea, más ligero
Que el *wapitti* veloz.

Mi *wighwam* está triste y solitario,
No hay lumbre en su fogón,
Mi caldera vacía, y arrollada
Mi piel de *caribón*.

Por eso busco una mujer amante
Que sople en mi tizón,
Y en el umbral de tu *wighwam* entono
De guerra mi canción.

Es la hora del silencio; en su querella
El *muskawis* cesó,
Y en su guarida, oculto entre las rocas
Duerme el *pekan* traidor.

Es la hora del silencio; en la espesura,
De sombras vago en pos,
Oh!, virgen Delaware, abre tu oído
Al eco de mi voz.

Ven, Moyamea, hermosa como el lirio
De cáliz temblador,

Yo soy Kara-Koutié, tu bien amado,
Que vuelve vencedor.

Ven, Moyamea, el árbol de la vida
Nos dé sombra á los dos,
Y el collar de *wampum* nos ciña, hermosa,
La mano del Amor.

War-houp! War-houp! Yo soy un gran guerrero,
Fuerte es mi corazón,
Pues sin temblar he visto en la batalla
De muerte la visión!

IV.

Cesó el canto. Conteniendo
Del corazón el latido,
En negra ansiedad sumido
Escuchó Kara-Koutié.
Mas, ay! sólo respondióle
Del Mukinghum la onda llena
Al deslizarse en la arena
Hasta á los pies del *sachem*.

Y el corazón del *piel roja*
Anegóse en la amargura,
Y envuelto en la sombra obscura
En la ribera esperó;
Pero en vano, en vano aguarda
A la que su vida mata,
Porque ha mucho que la ingrata
Moyamea le olvidó.

Bajó la luna al Poniente,
Quedó la noche sombría,
Tan sólo triste se oía
Al Mukinghum susurrar;
Pero, hubo un corto momento
En que calló estremecido
Y se oyó como un gemido
por el espacio cruzar.

Y cuando, muerta la noche,
Brilló la aurora riente,
Coloreando desde Oriente
Al cielo de oro y azul,
Agitadas en su seno
Hondo suspiro lanzaban
Y un cadáver arrastraban
Las olas del Mukinghum!

ADRIANO M. AGUIAR.

¡FAMOSO DON!

—Mejor, muchísimo mejor, gracias ¡Ah, le aseguro que no ha sido chico el susto que nos ha dado! Cuando le vi entrar en brazos de dos hombres, creí que moría de angustia... Nunca me olvidaré del susto horrible que sufrí; y, después, cuando á mis gritos de ansiedad, aquellos changadores infelices que me le traían me contestaron sonriendo para tranquilizarme:—«No es nada» ¡Imagínese! Y yo veía aquellas vendas manchadas de sangre, en su cabeza; aquel rostro intensamente pálido, los ojos cerrados, su ropa hecha girones y blanca de polvo y los brazos colgando como si estuviera muerto... ¡Qué muchacho, Dios mío!... Y ustedes, sus amigos, no le aconsejaban bien, seguramente; al contrario, tal vez le aplaudían esas locuras que forzosamente debían costarle caras...

—¡Oh, señora!, por mi parte, puedo asegurarle que ignoraba por completo esas que usted llama locuras de Marcelito; yo no hablaba con él sino de cosas serias...

—Sí, sí, todos son lo mismo—contestó riendo afectuosamente la señora, y agregó haciendo un ademán elegante:—Pase adelante; se alegrará de verle á usted, pase. Y la madre de Marcelito, tomando la delantera, le condujo hasta una puerta que abrió. Barruel, al través de la semi-oscuridad que envolvía al aposento, pudo distinguir á su amigo acostado en el lecho.

Barruel había leído esa mañana en la «crónica social» de un diario, un suelto, en el que se noticiaba que Marcelito Braman se hallaba enfermo en cama, de resultas de un accidente que tuvo por causa un suceso desagradable ocurrido en la vía pública. El laconismo con que el suelto estaba concebido y el manto de misterio con que, parecía, habían querido envolver malamente el hecho, despertaron su curiosidad y su interés, haciéndole comprender que en el suelto había algo de malicia y que á su amigo había sucedido, tal vez, algo lastimoso, que no se relataba completamente, porque no se echó en olvido que el público está siempre más inclinado á reír que á entristecerse. Y mientras almorzaba—hecho ya el propósito de ir á visi-

tarle, en cuanto terminara—su amigo Marcelito ocupaba por completo su pensamiento.

Barruel sentía por él profundo afecto; había sido su amigo desde el colegio, y juntos, más tarde, cursaron también sus estudios en la Universidad. Aquel afecto, no obstante, no oscurecía por completo el juicio de Barruel, que reconocía todas las debilidades, y aún los defectos de su amigo, al través de todas las buenas y hermosas prendas de carácter, que fueron mérito para sus triunfos universitarios y para el aprecio de sus condiscípulos. Marcelito era, para él, un excelente muchacho, con los defectos propios de los humanos mortales. No mal amigo, y modelo de estudiantes; pues en cuanto á esto último, sabía que todas las hojas de sus libros llevaban marcado el pasaje de sus dedos; sin que dejara de pensar, por eso, que en la cabeza de su amigo también se hallaban señaladas las lecturas, aunque creyera que no de manera tan indeleble.

Recordaba, Barruel, la colación de grados en que Marcelito recibió el título de «bachiller en ciencias y letras», pues ella, al par que fué un mojón destinado á indicar el comienzo de una carrera seria—de la que, al terminarla modificaría su nombre, haciéndolo preceder de la grave palabra *doctor*—fué como un río, que sumergió, por un lado al apreciable joven estudiante Marcelito Braman, para devolver, por la orilla opuesta, al joven lleno de amor propio, al extraño soñador; el último que recordaba más fijamente Barruel, y, probablemente, el que había sido víctima del «desagradable suceso ocurrido en la vía pública».

Después de aquella memorable colación de grados, cuando él iba á visitar á su amigo Marcelito, le encontraba como antes, sentado ante su mesa de estudio, hundido en el profundo sillón; pero, de sobre la mesa habían desaparecido los libros de química, de física, de filosofía... y todos los demás compañeros del estudiante de bachillerato; y los códigos, sin que mano alguna hubiera destruído la virginidad de sus hojas para enterarse de la voluntad de los beneméritos legisladores, yacían, perdidos y olvidados, debajo de todo un mundo, real y viviente, como era el que formaban las docenas de novelas modernas, que todo lo llenaban en confuso revoltijo.

FLORENCIO OTERO MENDOZA.

(Continuad).

NOTAS DE REDACCIÓN

Salvador Fornieles es un valiente cruzado, conocido favorablemente entre los que saben apreciar las buenas joyas del arte literario. Con un buen cincelado soneto titulado «A Grecia», se incorpora de una manera honrosa á la brillante falange que da brillo á LA REVISTA.

Bienvenido sea el nuevo amigo, y que nos visite con frecuencia.

—Están en nuestra mesa de redacción los colegas bonaerenses: «América Literaria», «La Ilustración Sud Americana», «Caras y Caretas», «Argentina Literaria», «Instantáneas» y «Letras».

Todos vienen repletos del mejor material.

—Acusamos recibo de una nueva y hermosa página musical que honra al aventajado joven Pedro José Saralegui.

Pertenece á la «Colección de estilos criollos» que tan favorable acogida ha tenido en el seno de nuestra sociedad.

Nuestras felicitaciones al autor.

—Nuestro director agradece nuevamente los galantes elogios que le han sido tributados en «América Literaria», «Instantáneas», «Argentina Literaria» y «Letras». LA REVISTA les ofrece su más cordial amistad.

—Hemos visto con placer transcrita en «La Ilustración Sud Americana» de Buenos Aires la hermosa producción del distinguido literato Juan Zorrilla de San Martín, titulada «Concepto de la literatura americana», que vió la publicidad en el primer número de nuestra revista.

Tratándose de un periódico tan distinguido como el que nos ocupa, está de más decir que dicha transcripción honra al inspirado autor de «Tabaré». Por otra parte, y para satisfacción de nuestros selectos colaboradores, les participamos que sus producciones han merecido igual honor en infinidad de colegas de esta y de la otra orilla.

Esto prueba sobradamente que LA REVISTA triunfa y se abre paso á través de todas las contrariedades que rodean á las empresas jóvenes.

Publicaremos próximamente unas producciones que no necesitan más recomendación que sus firmas.

Pertenecen á Samuel Blixén, Enrique Kubly y Arteaga, José del Busto, Casimiro Prieto, José Ingegnieros, Santiago Maciel, Manuel J. Sumay y Daniel Granada.